

ses eran poco más de veinte mil pertenecientes á la guardia, pues los cuerpos restantes no habían llegado aún. Consecuencia de esto fué que el Emperador debió defenderse en vez de atacar. La guardia, con Ney á la cabeza, portóse admirablemente. Hubo un momento en que los escuadrones de Sebastiani, arrollados por la numerosa caballería enemiga, galoparon, presa del mayor pánico, hacia el puente de Arcis. Napoleón atravesó por en medio de ellos como un rayo y se colocó á la entrada del puente. «¿Quién, les dijo entonces con voz de trueno, se atreverá á pasarlo delante de mí?». Los fugitivos se detuvieron, y el Emperador los condujo á la carga contra los austro-rusos. La acción duró todo el día, sin que los franceses perdieran una pulgada de terreno. Napoleón repasó el Aube aquella noche: aunque la jornada hubiese sido gloriosa para él y sus tropas, no había conseguido lo que intentara. En lo más recio de la pelea, Sebastiani, pasmado del escaso número de soldados, dijo al Emperador: «¿Cómo no piensa V. M. en sublevar á la nación?».—«¡Quimera!, respondió el interpelado, ¡quimera que quiere copiarse de la época revolucionaria! ¡Sublevar al pueblo en un país donde he destruido la Revolución!». Al día, siguiente, se fué en dirección de Vitry y Saint-Dizier, para continuar hacia la Lorena.

Después del combate de Arcis-sur-Aube, cesaron las últimas vacilaciones de los soberanos aliados. Pozo-di-Borgo apoyó, con la autoridad que le daba su ascendiente en el ánimo de Alejandro, las instancias de Vitrolles, y el Czar reunió en consejo de guerra el veinticuatro de Marzo, en Sommepeúis, donde la noche precedente había estado Napoleón, á los generales Wolkonski, Barclay, Toll y Diebitz. En este consejo se adoptó el acuerdo de marchar inmediatamente sobre París con los dos ejércitos, que ya se habían reunido; dejando sólo diez mil ginetes para vigilar al Emperador de los franceses y cerrarle el camino. En el acto se puso esta resolución en conocimiento del rey de Prusia y del príncipe de Schwartzemberg, que la acogieron con entusiasmo. El emperador Francisco II se había retirado antes á Dijon, para no presenciar el destronamiento de su hija, al cual, por otra parte, estaba resignado.

Los mariscales Marmont y Mortier, que se quedaran entre Reims y Aisne, tenían orden de unirse al Emperador, pero una falsa maniobra del primero permitió á sus enemigos cortarles la comunicaciones con Napoleón, y Marmont entonces se replegó sobre París, cayendo en medio de los aliados en Pére-Champenoise, el veinticinco de Marzo, si bien pudo salvarse del peligro de ser aniquilado perdiendo gente. El mismo día, tres mil guardias nacionales, que mandaba el general Pachtod, fueron cercados por masas enormes de austriacos, rusos y prusianos, á quienes hicieron frente, defendiéndose con verdadero heroísmo, resueltos á morir bajo la metralla antes que entregarse. Lleno de admiración, el emperador Alejandro, cuando ya no estaban en pie más que algunos centenares de aquellos valientes, se aproximó é hizo intimarles la rendición en su propio nombre. Los pocos supervivientes que había depusieron las armas. También el expresado día veinti-

cinco se publicó una «Declaración de las potencias aliadas», en que se acusaba á Napoleón, en términos sumamente duros, de ser el único culpable de la persistencia de los males que se padecían por causa de la guerra. Al final del documento se decía: «¿Hasta cuándo querrá Francia seguir derramando á torrentes su sangre en pro de un interés puramente personal? ¿Cuándo pondrá término la voluntad general de la nación á este sistema tan ruinoso?».

Ciento ochenta mil hombres de los ejércitos de la coalición se dirigían por las dos orillas del Marne á la capital de Francia, á que dieron vista el día veintinueve por la tarde. Pocas horas antes habían llegado Marmont y Mortier; con las tropas que les quedaban. En París, en un consejo celebrado la víspera por la regencia, el ministro de la Guerra había propuesto que la emperatriz y el Rey de Roma partieran sin dilación hacia el Loira, para ponerse fuera del alcance del enemigo. Los consejeros se resistían á adoptar semejante acuerdo, considerando que la fuga de María Luisa entrañaba la caída del Imperio, é instaban á la Emperatriz para que, imitando á su abuela María Teresa, se trasladase al Hotel-de-Ville con su hijo y llamara al pueblo á las armas. María Luisa, empero, no era mujer capaz de resolución tan heroica, y temblorosa, asustada, asistía pasivamente á aquella crisis suprema de su destino. José Bonaparte dirimió la cuestión leyendo una carta del Emperador, en la que éste manifestaba ser preciso evitar á todo trance que cayeran en poder de los aliados la Emperatriz y su hijo, cuya salida de la capital se verificó, en vista de los deseos expresados por Napoleón, el día veintinueve. Esta partida produjo lúgubre impresión en los parisienses, que si no amaban al imperio, veían humillados y con pena la invasión que lo derribaba. París fluctuaba entre la agitación y el estupor. ¡El Imperio, fundado y sostenido por la sola virtud de la gloria militar, traía á las puertas de la gran ciudad aquellos ejércitos extranjeros que la Revolución había arrojado tan lejos veintidós años antes! Esto le parecía increíble. ¡Después de tantas victorias, iba á reproducirse un hecho del que no había precedentes desde la Edad Media!

Talleyrand se equivoca al asegurar á los aliados que el pueblo de París se levantaría en masa para abrirles las puertas de la ciudad. La presencia del enemigo irritaba é indignaba á los moradores de los arrabales, quienes, á pesar de lo mucho que aborrecían á Napoleón, habrían combatido á su lado si les hubieran provisto de armas. Es más: aun falto de verdaderas fortificaciones y de armamento regular, París aprovechando los inmensos recursos que atesoraba en su seno, era capaz de oponer resistencia hasta tanto que, avisado Napoleón, acudiera á socorrerlo. Para ello bastaba que hubiese habido un jefe enérgico; pues, con los cañones encerrados en el arsenal de Vincennes, entre los que se contaban doscientos de grueso calibre, podíanse cubrir de piezas de artillería las alturas de Montmartre á Charonne, que miran al norte, y levantando al pie numerosas barricadas, defendidas por millares de hombres, armados de escopetas y otras armas de fuego,

que sustituyeran á los fusiles, se habría detenido á los aliados el tiempo necesario. Desgraciadamente, ese jefe enérgico no existía, por culpa del mismo Napoleón: ni el bondadoso ex-rey José, ni el pacífico archicanciller Cambaceres ni el ministro de la Guerra Clarke, hombre de escasos alcances y cortesano de la fortuna, eran capaces de ponerse al frente del pueblo. Clarke no requisó las escopetas y otras armas de propiedad privada, ni sacó la artillería de Vincennes, ni armó á un solo habitante, ni dispuso que se levantaran barricadas, ni aun supo utilizar para la defensa de la población las alturas que naturalmente la resguardan; porque si bien es cierto que ordenó á Marmont situarse en la meseta de Romainville, delante de Belleville y de Menilmontant, en cambio, mandó á Mortier á la llanura de Saint-Denis. ¡Eran los franceses en junto poco más de cuarenta mil hombres, incluyendo los guardias nacionales, los artilleros inválidos y los alumnos de las escuelas Politécnica y de Alfort, y se quería que sostuvieran el choque de ciento setenta mil en campo raso!

Los aliados habían resuelto dar el ataque por tres puntos distintos, estando encargados de dirigirlo el príncipe de Wurtemberg, al sudeste; Barclay de Tolly, al nordeste, y Blücher, al noroeste. De estos tres generales, el primero que se lanzó á la carga fué Barclay de Tolly, el día treinta por la mañana, trabándose un combate encarnizado por la posesión de la meseta de Romainville y las aldeas de Pantin y de Prés-Saint-Gervais. Los rusos lograron encaramarse por las cuestas de Romainville, pero al acercarse á Belleville y Bagnolet, su impetu se estrelló ante la intrepidez de los soldados de Marmont, que se mantuvieron en el flanco del enemigo, en el bosque de Romainville y aun al otro lado de la meseta, en Prés-Saint-Gervais y en Pantin. El ataque del centro, por consiguiente, no prosperaba; mas ya adelantábase Blücher, por una parte, y el príncipe de Wurtemberg, por la otra, y los valientes defensores de la capital iban á verse envueltos entre abrumadoras masas de enemigos. Entonces salieron de París los ministros y el ex-rey José, que envió á los mariscales Marmont y Mortier una orden autorizándoles á capitular cuando ya la resistencia fuera imposible.

La lucha se había extendido por todo el norte y el este de la ciudad, desde Aubervilliers y Saint-Denis hasta Charenton y Bercy. El punto [donde principalmente se concentraron los esfuerzos de unos y otros fué Belleville, que los aliados no pudieron tomar de frente, siéndoles menester destacar dos columnas por los lados, con lo que, Marmont, ante la perspectiva de ser cortado, reunió la gente que le quedaba y abrióse paso á través de los rusos, entrando en el arrabal del Temple. También Mortier peleó denodadamente, recobrando á la bayoneta la Villette, de que los prusianos se apoderaron: pero, agobiado por el número de los contrarios, tuvo que batirse en retirada y refugiarse detrás de las barreras. Todo había concluído, puesto que nada se había preparado para continuar la lucha en las calles. En este momento, llegó á escape tendido el oficial general Dejean,

anunciando que Napoleón se dirigía á París y que era preciso ganar dos días, costara lo que costase. El aviso venía demasiado tarde, y así hubo de reconocerlo el mismo Dejean. No solo los mariscales Marmont y Mortier habían cumplido como buenos, sino que si un incidente meramente fortuito no los hubiera conducido á la capital el día anterior, los aliados se habrían enseñoreado de París como quien invade una aldea. Los dos mariscales conferenciaron en la Villette con el ministro ruso Nesselrode, rehusando rendirse con sus tropas, pero prometieron evacuar á París aquella noche, como lo efectuaron; y careciendo de poderes para pactar respecto á la plaza y habiéndose ausentado las autoridades más elevadas, el prefecto del Sena, el de policía y los diputados del consejo municipal y de la guardia nacional presentáronse en Bondy á los soberanos aliados, para pedirles que trataran á la población según sus ofrecimientos de no hacer la guerra á Francia, sino al Emperador.

Hallábase éste muy cerca. El día veintiséis había batido en Saint-Dizier al cuerpo enemigo encargado de observar sus movimientos, y al siguiente corrió entre sus tropas la voz de que los aliados avanzaban hacia París. Esta noticia exasperó á generales y soldados, que forzaron la voluntad de Napoleón, obligándole á renunciar á sus planes y seguir á marchas forzadas el camino de la capital. El treinta por la noche se adelantó el Emperador á su ejército, y llegó en posta á Fromenteau, á cinco leguas de París. Allí supo que en aquella misma hora evacuaban la ciudad las fuerzas de Marmont y Mortier. Aturdido durante un momento por la terrible catástrofe, consecuencia fatal de su orgullo y su imprevisión, se rehizo en seguida con energía desesperada: dió orden al duque de Vicenza para que fuera á avistarse con Alejandro, á fin de proponerle entrar en negociaciones, y determinó reunir en Fontainebleau todas las fuerzas de que podía disponer, resuelto á intentar el postrer esfuerzo.

Alejandro recibió afablemente á los diputados de París, diciéndoles ser sus deseos que Francia decidiera libremente de sus destinos después de obtener una paz honrosa: también les prometió tomar á París bajo su protección personal, encargar el servicio de policía á los guardias nacionales y no alojar tropas en las casas particulares. En cuanto al plenipotenciario de Napoleón, le dispensó, personalmente, afectuosa acogida; mas hubo de declararle que los aliados no tratarían con el Emperador de los franceses. El día treinta y uno por la mañana, aparecieron en París, en las esquinas de calles y plazas, dos carteles. En uno de ellos daban cuenta á sus administrados el prefecto del Sena y el de policía, del resultado de su entrevista con el Czar de Rusia: en el otro se leía una alocución de Schwartzemberg, cuyo tenor era el siguiente: «Habitantes de París: los ejércitos aliados están delante de vuestra ciudad. Al venir á la capital de Francia se proponen echar las bases de una reconciliación sincera y estable con la nación francesa. Hace veinte años que Europa está anegada en sangre y en lágrimas, habiendo sido inútiles cuantas

tentativas se han realizado para poner término á tantos males, pues el mismo gobierno que os oprime constituye un obstáculo insuperable para la paz. Los soberanos aliados buscan de buena fe la instauración en Francia de una autoridad bienhechora, capaz de establecer la concordia entre ella y todas las naciones y gobiernos. A la ciudad de París toca, en las circunstancias actuales, apresurar la paz de Europa; si tal es vuestro deseo, basta que lo manifestéis para que, en el acto, el ejército que se encuentra al pie de estas murallas se convierta en firme apoyo de vuestra decisión. Parisienses: conocéis la situación de vuestra patria, lo ocurrido en Burdeos, la entrada amistosa en Lyon, los males que pesan sobre Francia y los verdaderos sentimientos de vuestros conciudadanos. Todo esto os traza el camino del fin de la guerra con el extranjero y el de vuestras luchas intestinas, que no podéis ir á buscar á otra parte. La conservación y la tranquilidad de vuestra ciudad serán objeto de los cuidados y de las medidas que adoptarán los aliados, de acuerdo con las autoridades y los notables más respetados. No pesará sobre la capital ningún gravamen de carácter militar. Animada de estos sentimientos, se acerca á vosotros Europa, que está armada delante de vuestras murallas. Apresuraos á corresponder á la confianza que pone en vuestra prudencia y en vuestro patriotismo».

Los aliados verificaron su entrada en la capital el mismo día treinta y uno. Las gentes que se agolpaban al arrabal de Sain-Martin, por donde los extranjeros penetraran, y al de Saint-Denis, creían ser víctimas de mortal pesadilla y los miraban desfilando guardando sombrío silencio. Al aproximarse á los barrios ricos, se acogieron mejor las demostraciones amistosas del emperador Alejandro, que cabalgaba en medio del rey de Prusia y de Schwartzemberg. La clase media vacilaba entre el dolor de la invasión y la alegría de verse libre del Imperio. Algunos grupos formados por realistas no se contentaban con responder á los saludos de los soberanos aliados, sino que iban delante de ellos tremolando banderas blancas y gritando: «¡Viva el rey! ¡Viva Alejandro! ¡Viva Guillermo!» Estaban entregados á estas manifestaciones desde por la mañana, sin que el público diese á su paso muestras de otro sentimiento que el del asombro ó el de la hostilidad. Los monarcas de Rusia y Prusia revistaron en los Campos Elíseos cincuenta mil hombres, que les servían de escolta. Desde allí, el autócrata ruso se fué á casa de Talleyrand. Hasta entonces, no tenía formado más que un propósito, el de no tratar con Napoleón, y fluctuando en todo lo demás entre distintos proyectos, pensó que lo mejor sería tomar por consejero é intermediario á aquel hombre de tanto ingenio, experiencia y habilidad. Celebróse, pues, una conferencia entre Alejandro, Federico Guillermo, el príncipe Schwartzemberg y el duque de Dalberg, declarando el primero que los aliados estaban prontos á aceptar cualquier forma de gobierno para Francia, incluso la República; no ponían su veto sino á Napoleón. En realidad, la solución preferida por él era la de reemplazar al Emperador con Bernadotte; pero comprendiendo la repugnancia de los franceses á reco-

nocer como soberano á un general de sus ejércitos que acababa de hacer armas contra ellos, no insistió en su deseo. Talleyrand expuso su opinión favorable á los Borbones, «atándoles las manos por medio de sabias leyes.» «La república, dijo, es una imposibilidad; Maria Luisa, Bernadotte, una intriga; sólo los Borbones son un principio.» singular expresión esta última en labios de quien, en materia de principios, no profesaba ninguno. Por lo demás, tenía razón. Los Borbones representaban un principio, pero un principio caduco, que les había costado una vez el trono y debía volver á ser causa de su expulsión definitiva: ese principio era el de la monarquía de derecho divino, opuesto al de la soberanía de la nación, proclamado por Francia en mil setecientos ochenta y nueve.

Una coincidencia completamente fortuita había hecho presumir á los aliados, en su paseo militar á través de París, que los realistas eran numerosos. He aquí lo ocurrido. Como sabemos, desde por la mañana discurrían por la población algunas personas adornadas de escarapelas blancas, alarde monárquico que había sido muy mal recibido por la opinión; pero al entrar los aliados, observóse con extrañeza que todos llevaban una cinta blanca en el brazo. La razón era, á lo que parece, que con motivo de haber sido herido el primero de Febrero un oficial inglés por un cosaco, ordenóse, para evitar la confusión nacida del uso de tantos uniformes diferentes, que todos los oficiales é individuos de tropa de los ejércitos aliados se pusieran dicho distintivo. Los parisienses tomaron aquello como una profesión de fe legitimista, é instantáneamente la oposición á las escarapelas blancas, tan marcada momentos antes se debilitó de tal modo, que muchas personas que habían rechazado el emblema realista se proveyeron de él en seguida, ya como salvaguardia contra las brutalidades de los cosacos, ya como signo de paz. Un historiador ruso observa, según Enrique Houssave, que si bien la cinta blanca que ostentaban los aliados en el brazo carecía de significación política, aprovechó á los Borbones produciendo una doble equivocación, pues al paso que los parisienses, imaginándose al verlo que Europa se erigía en defensora de la dinastía caída, se prestaron, por miedo ó por espíritu de conciliación, á lucir colores que no eran de su gusto, los aliados engañados á su vez por el error de los franceses, creyéronse que el partido monárquico contaba con muchos adeptos en París.

A pesar de todo, Alejandro se mostró algo indeciso, objetando á Talleyrand que su deseo era no violentar á Francia, cuya hostilidad á los Borbones había creído observar en casi todas partes. Profundamente impresionado aún por la escena heroica de la Fère-Champenoise, en que los guardias nacionales caían impávidos bajo la metralla gritando ¡Viva el Emperador!, borbábase á sus ojos, ante este recuerdo, la revolución de Burdeos, las escarapelas blancas de los barrios céntricos de la capital y los memoriales que le entregaran las bellas parisienses intercediendo á favor del titulado Luis XVIII. Talleyrand, para vencer las vacilaciones de Alejandro, hizo llamar á algunos personajes que